de su espíritu, son las contradicciones propias de la vida porque atravesamos. Así, en el capítulo III, v. 11, dice que Dios ha puesto lo infinito en el corazón del hombre; pero que el hombre no puede llegar al fin que le ha sido asignado. En el capítulo III, 12, 13, dice que lo mejor del mundo es gozar de la vida; pero añade, que no podremos conseguirlo sino por un don de Dios; en el capítulo VIII, 12-14, que los que temen á Dios serán salvados y los que no lo temen, castigados; pero que en esta vida se ven ejemplos de lo contrario. Estos son los hechos. En el mundo moral, nada es absoluto, toda regla sufre excepciones, solo hay una cosa inmutable, es la ley misma, la necesidad de temer á Dios.

CAPITULO XXXV.

EL CANTAR DE LOS CANTARES.

Los hebreos, cuya lengua carece de comparativo y superlativo, se veían obligados á repetir el nombre substantivo cuando trataban de expresar la excelencia ó superioridad de una cosa. Así es que, «Cantar de los cantares,» ó cántico de los cánticos, significa cántico excelente ó sea el mejor de los que contenía la literatura hebrea. Este pequeño libro ha sido siempre atribuido á Salomón y creese que fué la obra de su juventud, como los Proverbios lo fueron de su edad madura y el Ecclesiastés de su ancianidad.

Trátase en él, si sólo atendemos al sentido literal, de celebrar el matrimonio de Salomón con la hija del rey de Egipto, representándolos bajo la figura de dos pastores; pero además de este sentido literal tiene otro sentido místico, y es en el que fué dictado por el Espíritu Santo y por él colocado en el canon ó catálogo de los libros sagrados. Este sentido místico tiende á representar ó bien el amor de Dios á su pueblo escogido, ó el de Cristo para con la Iglesia, su inmaculada esposa, ó bien el del Señor para con el alma del justo. No trataremos de dilucidar estas cuestiones y determinar en cuál de estos sentidos debe interpretarse el «Cantar de los cantares;» sino únicamente de responder á las dos dificultades que á la divinidad de este libro oponen los impíos de la escuela de Strauss y de Renan.

Ellas son dos: Primero: niegan que este libro haya tenido ó podido tener entre los judíos significación alguna mística.

Segunda: Que el lenguaje del libro es ofensivo á la pureza de las costumbres. Vamos á examinar ambas dificultades.

1ª Renan escribe sobre este libro: «Sólo por un milagro y gracias á una equivocación, que á la crítica no desagradará, pues que por él tenemos el más curioso quizá de los monumentos de la antigüedad, ha llegado hasta nosotros un libro, obra de un momento de olvido en un pueblo que alentaba siempre con

esperanzas infinitas y que en él sólo pensó en cosas de la tierra.» (1)

Este libro, añade Reuss, es completamente distinto de todo el resto de la Escritura Santa, y está concebido en un espíritu que no nos contentaremos con llamar antirreligioso, sino positivamente extraño á los sentimientos que dominan en toda la colección de los libros hebreos [2]

La razón que han tenido nuestros adversarios es que nuestro libro aparece enteramente ajeno á los sentimientos de piedad que inspiran los demás, y puede decirse que Dios que llena las Escrituras está ausente del cantar de Salomón.

Pudiéramos conceder todo esto por no intrincarnos en una cuestión que la índole de esta obra no nos permitiría dilucidar; podríamos responder que todo esto sería verdad, si este libro no tuviera un sentido místico, más elevado que el literal, y si esta letra ó esta poesía amatoria fuese otra cosa que la corteza bajo la que se ocultan grandes y tiernísimos misterios. Por eso la tradición así de los judíos, como de los cristianos, ha creído siempre que el Espíritu Santo sólo en un sentido místico dictó este librito.

En consecuencia, para salvar el carácter divino del Cántico, es necesario salvar su carácter místico y de ahí el empeño en negar este último que vemos en los racionalistas. El arriba citado Renan, dice sobre este punto: «¡A cuántas inverosimilitudes se expone quien se empeña en encontrar tan grande desarrollo en la teología trascendental, al atribuir á este libro una significación mística, en el siglo X antes de Cristo. Nada se halló más lejos del misticismo que el espíritu hebreo. La idea de poner el Creador en relación con la criatura, la suposición de que pueden enamorarse uno á otra, los mil refinamientos de este género en que el misticismo hindou y el misticismo cristiano se han dado vuelo, son completamente antípodas de la concepción severa del Dios semítico. Ciertamente que tales ideas parecerían blasfemias en Israel. Ningún pueblo fué más sobrio en simbolismo que el pueblo hebreo, así como en alegorías y especulaciones sobre la divinidad. Trazando una línea divisoria entre Dios y el hombre, ha hecho imposible toda familiaridad, todo sentimiento tierno, toda reciprocidad entre el cielo y la tierra.» (1)

Si no supiéramos que Renan, con el objeto de saciar su odio contra la Iglesia de Cristo y como se ha sabido después, con el de llenar sus arcas con el oro de Rostchild, ha recorrido y estudiado toda la Sagrada Escritura, al leer las anteriores líneas lo acusaríamos de la

(1) Le Cantique, 2.ª ed., pág. IV.
(2) Le Cantique des Cantiques, pág. 3 y 4.

(1) Le Cantique, 1870, p. 119-121.

más crasa ignorancia. Pero no pudiendo proceder de ella las palabras citadas, tenemos derecho de atribuirlas á la más insigne mala fé. Nada hay, en efecto, tan frecuente en la Escritura como la comparación de las relaciones entre Dios y el hombre con las de un esposo con su esposa. Léanse capítulos enteros en que ésta alegoría se continúa y amplía en la profecía de Ezequiel. Su longitud nos impide transcribir aquí sus palabras; por eso preferimos citar las de Jeremías, en cuya profecía leemos: *Ve*, dice Dios al profeta, *y grita en los oídos de Jerusalem: Así habla Jehovah:* Yo me he acordado *de ti, de los favores que te he concedido en tu juventad, de tu amor y de* nuestros *desposorios cuando tú me seguiste al desierto de Sinaí* (1). *Tu Criador es tu esposo*, dice Isaías, *Jehovah Sabaoth es su nombre.* [2] *Como el esposo se regocija con su esposa, así tu Dios se regocija contigo*, (3) añade el mismo profeta.

Todo sentimiento tierno, toda reciprocidad eran imposibles entre Dios y su pueblo, se nos dice y sin embargo ¿en dónde se podrán encontrar sentimientos más tiernos que en el libro de los Salmos? ¿Podrá hallarse más bien expresado el mutuo afecto entre Dios y la criatura, de lo que vemos esplayarse en no

(1) Jer. II, 2.
(2) Is. LIV, 5.
(3) Is. LXII, 5.

pocos de estos sagrados cánticos? La idea de poner en relación al Criador con la criatura es antípoda de la idea severa del Dios semita, añade Renan, y sin embargo, no hay libro sagrado entre los hebreos, en que esta relación no se halle establecida.

Así, pues, ni el genio del Oriente ni las costumbres literarias ó morales de los israelitas, se oponen á que el Cántico de los Cánticos, sea un poema alegórico; al contrario, todo nos revela en ellos, una inclinación á la alegoría y en particular, á la alegoría que la tradición ha visto siempre en el cántico de Salomón. En efecto, si Dios y el pueblo de Israel son comparados á menudo con el esposo y la esposa, ¿es extraño que las ternezas del uno y el amor de la otra, sean expresados en un cántico epitalámico como el Cantar de los Cantares.

2. La segunda objeción que se hace al carácter sagrado de este libro, es el lenguaje algún tanto libre de que usa para expresar las ideas, al grado de que Voltaire llamó á este libro "una canción de cuerpo de guardia."

Hace cerca de veinte siglos, que las almas más puras, las vírgenes más honestas, las Cecilia y las Inés, vienen repitiendo las palabras de este cántico, y lo que no escandalizó á esas vírgenes que por no perder su pureza, dieron la vida, ofende á los castos oídos de Voltaire y de Renan! *Risum teneatis.*

"Cuando yo leo ese famoso Cántico de los

Cánticos, que Voltaire llamaba con tanto gusto una canción de cuerpo de guardia, quedé admirado, dice Lacordaire, de permanecer tan frío delante de tan grande y tan oriental desnudéz de expresión; yo me preguntaba el por qué, no comprendiendo aún, que si hay un arte de ocultar el vicio bajo las formas de estilo sábiamente calculadas; haya también un arte de ocultar la virtud bajo colores que parecerían los de la pasión. Sucede con el Cántico de los Cánticos, lo mismo que con el Crucifijo: ambos están desnudos y están desnudos impunemente porque son divinos.» [1]

Respondamos directamente á la objeción. Las costumbres del Oriente nos explican el carácter de su literatura. Los hombres y las mujeres viven completamente separados, y de allí resulta que el lenguaje es menos reservado y la poesía difiere en muchos puntos de la del Occidente, sobre todo por el naturalismo de las imágenes. Además, la civilización hebrea, no era tan refinada como la nuestra. Lo que el presidente de Broses decía de ciertas leyes del Pentateuco, se puede decir también del Cantar de los Cantares. "Cuando un pueblo es salvaje, escribía, es sencillo y sus expresiones lo son también, como quiera que no le causan estrañeza, no tiene necesidad de velarlas con diversos giros de lenguaje, sig-

(1) Lacordaire. Lettres á un Jeune homme, París, 1877 tít. IX, p. 28, 289.

nos inequívocos de que la imaginación se halla corrompida. El pueblo hebreo era semisalvaje (es decir, poco avanzado en la civilización) el libro de sus leyes, trata sin rodeos de las cosas naturales, que nuestras lenguas tienen cuidado de velar. Esta es una señal de que estos modos de hablar nada tenían de licencioso entre ellos; porque no se hubiera escrito un libro de una manera contraria á las costumbres." (1)

Resulta de esta sencilléz de costumbres y de lenguaje, dice Rosenmüller, que una poesía alegórica y religiosa tal como el Cántico de los Cánticos, según la interpretación antigua y general, nada tiene de extraño, ni escandaloso para los Orientales. (2) Concluyamos con las palabras del Apóstol San Pablo: Todo es limpio para los limpios; para los malvados y pecadores nada es limpio. *Omnia munda mundis; inquinatis autem et peccatoribus nihil est mundum.* (3)

CAPITULO XXXVI.

EZEQUIEL.

La crítica negativa que tanto se ceba negando la genuinidad de la mayor parte de los libros santos, trata con más consideración las

(1) Traité de la formation mechanique des langues, 1795, t. II, n. 189.
(2) Das alte und neue Morgeland n. 938, t. IV, p. 180.
(3) Ep. ad Tít.